

xia. Zuinglio y Socino fueron los primeros iniciadores del protestantismo liberal (1). También hubo espíritus que se aterraron ante un cristianismo entregado á las incertidumbres y á los extravíos de la razón humana, y buscaron apoyo en la Sagrada Escritura, creyendo encontrar en ella una base inquebrantable para la fe. En Lutero y en Calvino había un contrapeso de esa servidumbre de los textos que reemplazaba á la servidumbre de Roma: siendo reformadores no podían querer un cristianismo ortodoxo que les habría hecho volver, por la fuerza de las cosas, al seno de la Iglesia; pero sus sucesores, sobre todo los luteranos, extremaron el estrecho espíritu de los maestros, y el cristianismo se osificó entre sus manos (2).

La reacción era inevitable; prodújose desde luego en el seno de la Iglesia calvinista; los espíritus generosos se asfixiaban en el estrecho círculo de un cristianismo que excluía de la salvación á la inmensa mayoría de los hombres. Ensanchad el cielo: fué el clamor de los calvinistas que, primero en Holanda, después en Inglaterra y en Francia, trataron de adaptar el protestantismo oficial á las necesidades de la humanidad moderna. Un filósofo formuló el nuevo cristianismo que tenía por fin conciliar la fe y la razón, y lo llamó *cristianismo racional*. Locke fué el primero de los deístas ingleses. Ya hemos juzgado en otra parte el deísmo (3) y mostrado la grande influencia que ejerció sobre la filosofía del siglo XVIII. Degeneró ésta, en apariencia, en un movimiento de incredulidad; pero, en realidad, los filósofos del siglo pasado eran más religiosos que nuestros reaccionarios protestantes y católicos, pues que tenían la devoción de los grandes intereses de la humanidad, y dieron prueba en su vida de abnegación y desinterés, es decir, que practicaban la caridad, tal como Jesucristo la predicó con la palabra y el ejemplo. En este sentido eran cristianos; y si hicieron una guerra á muerte á *la infame*, se dirigía á las supersticiones católicas y á la dominación que la Iglesia ejercía sobre las conciencias no al cristianismo de Jesucristo que ellos ignoraban, y que se les daba como idéntico con la caricatura que se ostentaba en Roma.

(1) Véanse los *Estudios sobre la Reforma y sobre las guerras de religión*.

(2) Véase el *Estudio sobre las guerras de religión*.

(3) Véase el *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII y el cristianismo*.

Los sentimientos que inspiraban á la filosofía del siglo XVIII se difundieron por Alemania al mismo tiempo que por Francia. Error sería considerar á los libres pensadores, á los enciclopedistas, como los órganos de un movimiento de impiedad particular de los compatriotas de Voltaire y de Diderot. En primer lugar no fueron impíos; y, además, las ideas que defendían se hallan también en Alemania, tanto entre los protestantes como entre los filósofos, donde si aparecen bajo un aspecto más cristiano, más religioso, en lo cual consiste la superioridad del cristianismo liberal respecto de la incredulidad francesa, son, en cambio, inconsecuentes y contradictorias, como lo es todo movimiento que no se da cuenta del fin á que tiende. Era, en efecto, una transformación del cristianismo, aun del mismo Jesucristo, y los pensadores cristianos del siglo pasado no se habrían atrevido á confesar, ni aun para sí propios, que iban más allá que el Cristo. De aquí su debilidad como órganos de lo porvenir. Prescindamos de las contradicciones y de las inconsecuencias, limitándonos á señalar en el protestantismo alemán del siglo XVIII los gérmenes que se desarrollan en nuestro tiempo, y cuyos frutos sólo verán nuestros descendientes. Ya percibimos la aurora de esa nueva era, que será juntamente una era de fe y de razón, de religión y de libertad.

## § II.—Reimarus, el Fragmentista (1).

Ensanchemos el cielo. Este grito sublime de Diderot era también el sentimiento que inspiraba á un escritor poco conocido fuera de Alemania, pero cuyo nombre y cuyo pensamiento merecen ser vulgarizados. Strauss ha prestado este servicio á la memoria del *Fragmentista*, que, no sólo había quedado largo tiempo oscurecida, sino que era vituperada. Cuando un escritor del vigor del que ha escrito la *Vida de Jesús* se interesa tanto por Reimarus, es indudable que el cliente pertenece á la misma familia que el patrono. Era, en efecto, más libre pensador que cristiano; cumplió en Alemania la misión que Voltaire en Francia: fué un demoleedor. Precisaba demoler la vieja ortodoxia ántes de construir un nuevo edificio; que si hoy pensamos

(1) Se llama REIMARUS, el *Fragmentista*, porque Lessing publicó extractos de su crítica del cristianismo bajo el nombre de *Fragmentos*.

en un cristianismo transformado, se debe á los intrépidos luchadores del siglo pasado, que aplicaron el hacha á las supersticiones seculares, sin retroceder ante ninguna autoridad, por alta que fuese, ni aun ante el nombre de Aquel á quien adoraban todavía sus contemporáneos como Hijo de Dios. Después de todo, su inspiración es la nuestra, sólo difiere la misión: ellos demolían con un placer y un ardor incomparables; hoy el suelo está sembrado de ruinas, y ha llegado la hora de reconstruir.

Reimarus batió en brecha la ciudadela de la fe en nombre de la razón, no porque sea con ésta incompatible la fe, mas porque hay una fe que se dice superior á la razón como revelada por Dios. Esa fe trata de encadenar la razón ántes de que se desarrolle; apenas nacemos nos impone sus cadenas; al recibir el bautismo contraemos una obligación sin tener conciencia de ella, pues que no la tenemos siquiera de nuestro sér; y cuando la razón se despierta y quiere escrutar la fe, la Iglesia le opone el compromiso que ha contraído. Excelente invención para tener por siempre encadenada á la humanidad: tributemos el homenaje de nuestra gratitud á los que han roto esas cadenas. El *Fragmentista* fué uno de esos libertadores: "¿No se podría decir, exclama Reimarus, que los hombres nacen esclavos?" Se les coge en la cuna, haciéndoles prometer quedar fieles á una bandera, cuando todavía no saben hablar; y cuando después quieren romper las cadenas que se les ha impuesto, se los castiga como desertores. Si viniera un enemigo á aprisionarnos mientras estamos dormidos, ¿no tendríamos al despertar el derecho de libertarnos? (1). La hora de despertar ha llegado. En el siglo XVIII el sueño de las masas duraba todavía; sólo algunos centinelas avanzados había despiertos.

Los fieles soñaban en plena vigilia; creían sin pensar; mas en el instante en que el hombre piensa se cae la venda de sus ojos. Reimarus había sido creyente, y no fué jamás incrédulo á la manera de los ateos ó de los materialistas de Francia; pero llegó un día en que despertó de su largo sueño é interrogó á la fe y á la razón. No se hizo esperar la respuesta: la fe tradicional chocaba como de propósito contra el buen sentido y sublevaba el

alma por su implacable rigor. El *Fragmentista* estaba en oración; se le había enseñado que era preciso creer, so pena de condenación, que Dios es uno en tres personas; lo creía de buen grado, pero quería, á lo ménos, que dijera algo á su razón esta creencia, y se esforzaba por comprenderla. ¡Tres personas diferentes, y, sin embargo, las mismas, pues que no forman más que un sér; y la segunda de esas personas, el Hijo, reuniendo además en sí dos naturalezas, una finita, otra infinita, dos voluntades, la una humana, la otra divina! La razón del buen alemán se detiene: "Cuando yo pensaba en Dios, dice, no pensaba ya en las personas divinas; y si me dirigía á una de las personas, las otras dos y Dios mismo se desvanecían. No encontré más que un medio de librarme de esta pesadilla, y fué prescindir de la Trinidad y adorar simplemente á Dios, mi creador y mi bienhechor," (1).

Si Dios es todo bondad, es también todo justicia. La fe ortodoxa provoca en este punto nuevas perplejidades en el alma de Reimarus: enseña que los condenados están sepultados en los fuegos eternos del infierno; ¿y quiénes son estos condenados? Nuestro piadoso alemán leía la Sagrada Escritura y conocía perfectamente la confesión de fe de Augsburgo, así como los comentarios de la doctrina ortodoxa. Las autoridades convienen en decir que la fe en el Cristo es la única condición de salvación; de donde se sigue que todos los que no creen en el Salvador incurren en la condenación eterna. Ahora bien, ¿cómo se puede creer en el Cristo? Sólo habiendo oído la *buena nueva* ó leyendo la Sagrada Escritura; de donde resulta que no habiendo oído hablar del Cristo el noventa y nueve por ciento de los hombres, no pueden creer en él, y serán, por consecuencia, condenados durante una eternidad, después de esta corta vida, sin esperanza alguna ni de enmienda ni de gracia. ¿Y por qué esta cruel justicia? Porque todos los hombres han pecado en Adán y merecido por ello la muerte eterna. Ese odio que el Creador profesa á sus criaturas, esa sed de venganza que no se extingue durante toda la eternidad, le parecieron á Reimarus en flagrante oposición con la perfección que debemos suponer en Dios. El Dios de la fe or-

(1) DAVID FRIEDRICH STRAUSS, *Hermann Samuel Reimarus und seine Schutzschrift für die vernünftigen Verehrer Gottes* (1862), p. 46.

(1) DAVID FRIEDRICH STRAUSS, *Hermann Samuel Reimarus und seine Schutzschrift für die vernünftigen Verehrer Gottes* (1862), p. 32.

todoxa, dice, me hizo el efecto de una caricatura más parecida á Satanás que al Dios de caridad (1).

Reimarus dice que este fué el primer escrúpulo que la razón le inspiró. Trató de combatirlo y de vencerlo; vano empeño; cuanto más reflexionaba, más fuerza cobraba la duda. Lo que pasó en el alma del *Fragmentista* se repite en el siglo XIX en todos los que piensan: la eternidad de las penas es el primer dogma que abandonan, porque no pueden ya creer en él, y el primer paso que se da fuera del cristianismo tradicional conduce fatalmente á la desercion completa. Hé ahí por qué se aferra la ortodoxia con la energía de la desesperacion á esa creencia terrible. ¡Vanos esfuerzos! Ella misma se espanta, y áun estaríamos tentados á decir que no lo cree ya, pues es lo cierto que muchos fieles se niegan tenazmente á mantener la fe en los fuegos eternos del infierno, y hasta los defensores de la ortodoxia hacen todas las concesiones que la inmutabilidad del dogma les permite. Pero no hay concesiones que valgan. ¿Qué importa que se ensanche el cielo? ¿Qué importa que se destruya la famosa proposicion de que hay muchos llamados y pocos elegidos? Por más que se disminuya el número de condenados, áun cuando no quedara más que uno, esta sola victima de una venganza implacable protestaría contra el Dios de la ortodoxia, y su protesta prevalecería contra el dogma que hace odiar á Dios en vez de amarlo.

Sabemos ahora por qué desertó Reimarus del cristianismo ortodoxo, porque ni su corazón ni su inteligencia hallaban en él satisfaccion. Los ortodoxos modernos aparentan desdeñar los ataques del *Fragmentista*: ha sido sobrepujado, dicen; lo que escribió contra el cristianismo no es ya más que historia (2); pero preguntemos á esos soberbios ortodoxos en qué ha sido sobrepujada la doctrina de Reimarus. ¿Es en su punto de partida? ¿Creen los ortodoxos en la Trinidad? ¿Están bien seguros de creer en los fuegos eternos del infierno? Si no creen en eso, están tan fuera del cristianismo tradicional como Reimarus, sin más diferencia entre ellos y el *Fragmentista* que la de que el libre pensador del

siglo XVIII sabe que está despierto, abre los ojos y dice lo que ve con una sinceridad admirable, mientras nuestros ortodoxos se hallan en un estado que no es ni el sueño ni la vigilia, ó, por mejor decir, quisieran continuar durmiendo y no pueden.

El único argumento que en su aprieto hallan los apologistas para oponerse á los ataques de los libres pensadores es que Jesucristo se llamó Dios: Dios ó impostor, hé ahí el terrible dilema en el cual tratan de encerrar á los adversarios de la revelacion. Si se hubiera dirigido esta objecion á nuestro *Fragmentista*, habría respondido resueltamente: "Tanto peor para la revelacion; la alternativa sería terrible para ella y no para el libre pensamiento. Como es imposible que el mismo sér sea juntamente creador y criatura, habría que decir que fué impostor." Pero ¿es verdad que Jesucristo afirmara que era Dios? En la Sagrada Escritura se le llama ordinariamente Hijo del Hombre y rara vez Hijo de Dios; pero admitamos que se hubiera llamado á sí propio Hijo de Dios: ¿resultaría de aquí que es la segunda persona de la Trinidad? Entónces sería preciso decir también que el pueblo judío es la segunda persona de la Trinidad, porque se le llama Hijo de Dios en los libros sagrados; David y Salomón serían dioses también, porque llevan el mismo título. Lo que prueba que los Judíos no ligaban la idea de divinidad á la denominacion de Hijo de Dios es que daban este nombre al Mesías, y, sin embargo, según su creencia, el Mesías no era más que un profeta. Reimarus, uno de los caracteres más ingenuos que se han conocido, confiesa que hay en los discursos que los evangelistas atribuyen á Jesucristo expresiones, giros de frase que parecen indicar en el que los emplea la conciencia de una naturaleza superior á la humanidad. ¿Quiere esto decir que Jesucristo se creyera Dios? Todo lo que es permitido afirmar es que se creía el Mesías. Ahora bien, según la opinion de los Judíos, el Mesías era superior á todos los profetas: investido de una mision divina, ¿no podía creer Jesucristo que estaba en una relacion más íntima con Dios que el resto de los hombres? Después de todo, ignoramos lo que pensaba Jesucristo, porque los evangelistas refieren sus palabras, no tal como él las pronunció, ni áun tal como las oyeron sus primeros discípulos, sino tal como las recogió la tradicion, tradicion interesada en hacer remontar hasta el mismo Jesucristo la idea que no tardaron los

(1) DAVID FRIEDRICH STRAUSS, *Hermann Samuel Reimarus und seine Schutzschrift für die vernünftigen Verehrer Gottes* (1862), p. 33 y siguientes.

(2) HERZOG, *Real-Encyclopædie für protestantische Theologie und Kirche*, t. IV, en la palabra *Fragmente Wolfenbüttele*. — GUHRANER, *Lessings Leben und Werke*, t. II, 2, p. 138.

fieles en concebir de Aquel que los había llamado á una nueva vida.

Esto que decimos de los Evangelios es exacto respecto de los sinópticos; mas sabido es que San Juan comienza por identificar al Cristo con el Verbo, lo cual condujo á los Padres de Nicea á identificarlo con Dios. En el siglo XVIII acababa de nacer la critica, y no se había aún aplicado á la autenticidad de los Evangelios; pero hoy se descarta el testimonio de San Juan, porque el autor del Evangelio que lleva su nombre no es el apóstol; y áun aceptando el Evangelio de San Juan como escrito por el apóstol, está bien lejos de ser decisivo respecto de la divinidad del Cristo, pues los discursos que pone en su boca no fueron ciertamente pronunciados por el Hijo del Hombre, á ménos de suponer que hablara para no hacerse comprender. Es un sistema teológico que San Juan expone, dice Reimarus; no es una relacion de hechos y de palabras. La observacion es tan exacta, que los mismos que mantienen la autenticidad del Evangelio no prestan autoridad á los interminables discursos que en él se hallan. El *Fragmentista* añade que no tienen esos discursos la trascendencia que la ortodoxia les atribuye. Cuando el Cristo dice que es uno con su Padre, debe entenderse la unidad de voluntad y no la unidad de esencia; cuando habla de su preexistencia, hay que recordar que los Judíos creían en la preexistencia del Mesías, en el sentido de que estaba predestinado por Dios á ser el libertador del pueblo elegido; y, en fin, áun tomando al pié de la letra todo lo que dice San Juan, si se hace, es verdad, de Jesús un sér divino, no es todavía el Hijo coeterno con el Padre. El dilema de los ortodoxos no es, pues, tan terrible como parece (1).

Si Jesucristo no es Dios, no hay ya revelacion milagrosa. Antiguamente creían los ortodoxos poder triunfar citando los milagros y las profecias; en el siglo XVII, esta prueba parecia decisiva; en el XVIII la habían arruinado los ataques de los deístas. Hay profecias mesiánicas; pero del Mesías al Hijo de Dios, como la ortodoxia lo entiende, hay un abismo; si Dios quería anunciar la encarnacion de su Hijo por medio de los profetas, habría debido hacerlo en términos bastante claros para que no fuera equivoco el sentido de las profecias, pues no se trataba sólo de predicar un hecho, sino de

(1) STRAUSS, *Reimarus*, p. 202-205.

un milagro que debía ser la condicion de la salvacion para todo el género humano. Ahora bien, las profecias son tan oscuras, que los Judíos, á quienes en primer término se dirigian, no las comprendieron, ni los mismos cristianos, áun los que tienen fe, pueden comprenderlas. Reimarus pregunta: ¿Quién puede reconocer una profecia de la venida del Cristo y de su divinidad en lo que se llama el *Protevangelió*? ¡La semilla de la mujer que destruirá la semilla de la serpiente debe significar qué Jesús es el Hijo de Dios y el salvador del género humano! ¿Cómo habían de comprender los Judíos que eso quería decir que el Cristo nacería de una Virgen y que sufriría la muerte por los hombres, cuando nosotros los cristianos, á quienes nos enseñan estas cosas desde la infancia, no llegamos á descubrirlas en los textos de la Sagrada Escritura? (1). ¿Qué habría dicho el honrado Reimarus si hubiera vivido en el siglo XIX, cuando esa famosa prediccion no prueba ya solamente la encarnacion del Hijo de Dios, sino además la Concepcion Inmaculada de la Santísima Virgen, en lo cual hay que creer, so pena de condenacion eterna? Desde luego habría dicho el *Fragmentista*: lo que prueba demasiado, nada prueba; en fuerza de querer dar fe á los hombres, se les hace incrédulos.

Esto es lo que le pasó á Reimarus. Habíanle enseñado que Jesucristo se llamaba y se creía Dios, como lo prueba, se decía, que cita á cada paso los profetas que predijeron su venida, su encarnacion, su sacrificio y su resurreccion. Cuando el *Fragmentista* examinó estas pretendidas profecias, se convenció de que no había una sola que se pudiera aplicar á la persona del Cristo ni á las circunstancias de su vida; ¿qué debía, pues, pensar de ese Hijo de Dios que citaba en falso pretendidas predicciones para hacer creer en su divinidad? Ó el Cristo había comprendido mal los libros sagrados, y mal podía entónces llamarse el Hijo de Dios, ó sabía á qué atenerse respecto de su divinidad y de las profecias mesiánicas; pero le pareció bien explotar en su provecho la credulidad popular. Si Reimarus se veía llevado á hacer suposiciones injuriosas, ¿de quién era la culpa sino del celo de la ortodoxia?

Los milagros, ese segundo fundamento, como decía Pascal, producen el mismo efecto en los que tienen sus sentidos cabales y hacen de ellos uso,

(1) STRAUSS, *Reimarus*, p. 157.